Cualquier dictadura fracasaría en España

El proletariado español lucha por la libertad. Y no por la abstracta e inexistente libertad en régimen de explotación burguesa, sino por la libertad que asegure su emancipación como clase. Por este camino ha comenzado a marchar, a hacer la Revolución.

Si estuviera huérfano de orientación, de tendencia ideológica, de preparación revolucionaria, podría hablarse, aunque desafiando la naturaleza del pueblo ibérico, de encarrilarlo por la vía dictatorial. Los teóricos de las fórmulas absolutistas, podrían intentar el desplazamiento y la anulación de todas las restantes fuerzas políticas y sociales, para establecer el dominio de su propio partido. La tesis de la mal llamada dictadura del proletariado, podría hallar campo de experimentación y la libertad de las masas obreras españolas quedaría dibujada de acuerdo a la voluntad y a la interpretación exclusiva de los dirigentes del partido dictatorial o del presunto dictador. Podría reeditarse la experiencia rusa, aunque las características del pueblo español aseguran el fracaso rotundo de un ensayo más o menos duradero de un sistema semejante.

Por suerte, la realidad indiscutible de España es muy otra. El proletariado es mayor de edad; tiene sus organizaciones, sus ideales, sus programas de acción, sus puntos de vista sobre la reconstrucción económica y social. Y en su inmensa mayoría, las masas obreras están dispuestas a todo, — entiéndase bien lo que ese todo implica, — para evitar que la dictadura de cualquier partido o sector se implante en nuestro país. Esto es la garantía absoluta de lo absurdo que es suponer posible siquiera un experimento de corta duración en que se cumplan los deseos de los cultores entusiastas de la autoridad estatal llevada a su máxima potencia.

No es esta hora propicia, ni es necesario para demostrar nuestra categórica afirmación, para la exposición doctrinaria. El anarquismo ha razonado su posición alrededor del problema de la dictadura y de la libertad y se ha valido de las experiencias revolucionarias para reafirmarse en la negación de la dictadura de cualquier clase, así sea de la propia dictadura...

Podríamos repetir conceptos, argumentos y volver a demostrar el carácter antiproletario de cualquier dictadura, que siempre ha sido, es y será la dominación de un partido, de sus grupos directores, de su primera figura. Podríamos adentrarnos en la crítica del marxismo, repitiendo por milésima vez el error de la tesis de Marx, Engels y Lenin, en lo referente a la transitoriedad de la dictadura, del Estado, y en la fatal desembocadura en nuestra tan anhelada anarquía. Podríamos pasar al aspecto constructivo postrevolucionario, probando la innecesariedad de la dictadura y la posibilidad de un sistema de organización económica, política y social, en que la libertad marche de la mano de la igualdad, en que la libertad sea ejercida por los productores asociados, de acuerdo a las exigencias de la producción y del consumo. Podríamos, en fin, extraer nuevas enseñanzas de nuestro propio experimento revolucionario, breve, en plena guerra, rodeado de dificultades de toda índole, para confirmar nuestro pensamiento sobre la capacidad del proletariado de organizar, dirigir y administrar la economía desde sus organizaciones sindicales y sin ingerencias extrañas de ninguna clase. No es este nuestro objetivo al afirmar rotundamente que ninguna dictadura será posible en España, para administrar la victoria, o para "acelerar su llegada"...

Las posiciones están tomadas. Es hora de reconocer la categoría de las fuerzas que actúan en la lucha revolucionaria actual. Sin el reconocimiento de ellas, se procedería como el que quisiera edificar sin conocer el terreno ni el material de que dispone para construir. En España hay diversas tendencias y dentro del proletariado dos grandes organizaciones sindicales ajustan su actuación a propósitos bien determinados.

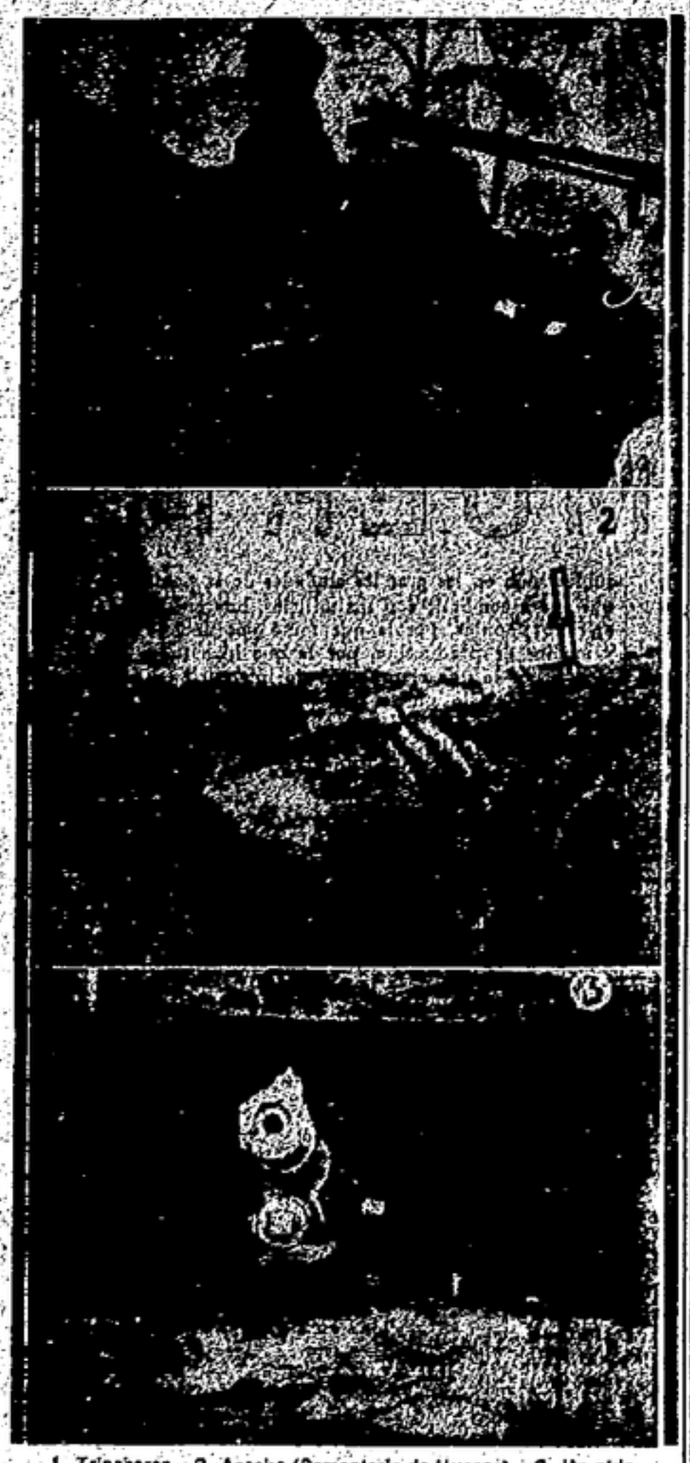
Para llegar a una dictadura, es fatal seguir un proceso de eliminación. Proceso que empieza por anular a las fuerzas más débiles o por dar un golpe de muerte a la fuerza más temible. Proceso que sitúa en alianzas transitorias a diversas fracciones autoritarias, para irlas eliminando una a una en el momento oportuno, hasta que reine todopoderoso un solo partido. Proceso en que este partido — si logra su objetivo — sufre un nuevo proceso interno de "selección" en que el saldo es el reinado supremo del grupo más hábil, menos escrupuloso. La dictadura es la culminación de estas fases de eliminaciones sucesivas. ¿Podría en España operarse esta operación de alto vuelo político?

Afirmamos que no. Porque si posible fuera la eliminación de fracciones estatistas — republicanos, socialdemócratas, — sería absolutamente imposible intentar la eliminación de fuerzas mayoritarias organizadas y con capacidad en el doble terreno de la lucha y de la reconstrucción. Y el movimiento anarquista y anarcosindicalista de España reúne virtudes tales, que para eliminarlo sería preciso recurrir a resortes que llevarían a todos a la más terrible de las catástrofes. Sin la C. N. T., que tiene fijadas sus aspiraciones, que conoce y reconoce a las fuerzas autoritarias, que ha propuesto medios prácticos de convivencia entre los dos sectores proletarios, es imposible hacer nada.

Reconocer las fuerzas actuantes en la Revolución española es llegar a la misma conclusión. La dictadura es imposible. No la quiere la C. N. T., ni la quiere la F. A. I., que han podido establecerla en determinado momento y lugar. Ni permitirán a nadie — absolutamente a nadie — que en nombre de nada intente ejercerla.

¿La solución? Hay una sola. Aceptar como base fundamental de la Revolución española, la libertad de determinación para el proletariado. Porque el proletariado quiere, ha de ser libre o morirá dignamente luchando por la libertad.

"TIERRA Y LIBERTAD" EN EL FRENTE DE HUESCA



1, Trincheras. 2, Acecho (Cementerio de Huesca). 3, Un nido

COLABORACION DE PEDRO HERRERA

Debe terminar el reino de la demagogia

Cuando las situaciones son más críticas, cuando más precisa el verdadero Pueblo de confianza en sí mismo para superarse, es cuando se produce con mayor fuerza el resurgimiento del mesianismo y por tanto cuando más cuidado hay que tener para precaverse contra él. El peligro para la revolución liberadora comienza tan pronto son escuchados. Si se les deja hablar no tardarán estos nuevos Mesías, aprovechando la pereza mental de las multitudes, en operar de orientadores y guías de la mayoría. Por eso se precisa la reacción popular a tiempo, prefiriendo sufrir las consecuencias de la propia inexperiencia en la función directriz, a poner ésta en manos de ambiciosos o iluminados.

Es completamente falso, la historia nos lo prueba en multitud de ocasiones, que las dificultades encontradas por un pueblo en su marcha hacia la liberación, las pueda resolver solamente un hombre o una minoría. Es terriblemente perjudicial para el desarrollo de una revolución que los que la realizan dejen de pensar por cuenta propia, para ceder esta función a un solo cerebro. Conduce a la catástrofe la pérdida voluntaria de la iniciativa popular, para transferirla exclusivamente a quien, aun sintiendo la causa auténticamente revolucionaria, esa problemática, no puede poseer cualidades sobrehumanas. Por lo mismo que se necesita unidad compacta y disciplina en las fuerzas que operan la transformación, se requiere que éstas no pierdan, por nada ni por nadie, el control de cuanto se realice.

Se precisa en las circunstancias presentes evitar a toda costa que sea más escuchada la voz de la demagogia que la de la razón. Y las multitudes, acostumbradas a dormir arrulladas por los cantos de sirena de los demagogos, deben despertar de una para siempre, velando por sus intereses de clase, no poniendo en manos de vulgares charlatanes lo que es patrimonio exclusivo de ellas: su propia salvación.

¿Con qué derecho puede en estos momentos abrogarse determinada persona la potente salvadora? ¿Con qué razón puede considerarse una reducida minoría con potestad para erigirse en directora de la situación, atribuyéndose facultades excepcionales para interpretar los anhelos del pueblo? Con ninguna. No hay época en la historia en que, con razón probada, se pudiera justificar la necesidad de emplear procedimientos absolutistas. Mucho menos en la presente.

Es un fenómeno natural que, después de la enorme revuelta producida por una fuerte convulsión, aparezcan los síntomas de cansancio en la masa que batalló, luchó y se desangró. Es natural también que en estos momentos los zánganos, los que permanecieron agazapados, los que se resguardaron de todo peligro, aparezcan frescuitos y bien dispuestos a levantarse con el susto y la limosna. Por eso, porque es un fenómeno corriente y sobradamente conocido, es obligada la reacción del pueblo que impida, a todos los formularios demagogos desaprensivos, ganen la partida.

Cuando se ha llegado a superar la fórmula de las minorías selectas rectoras; cuando se han abierto paso las organizaciones de masas en la dirección de sus propios destinos; cuando éstas han experimentado, por su aproximación a los órganos de gobierno, como pueden ser estos empleados; cuando han llegado a contrastar que su especialidad de organización, de administración y de gobierno es superior a la de los políticos profesionales, no pueden dejarse embaucar por los tradicionales arribistas que pretenden medrar a toda costa, queriendo ignorar que en nuestro país se ha producido una transformación que les imposibilita emplear sus organizaciones políticas artificiales, como el pescador utiliza la red y demás trabajos de pesca.

Son mayores de edad los despiertos que forman la multitud. Supieron con la acumulación de experiencia en sus organizaciones clasistas, la cultura e ilustración atesoradas de los señoritos. Han saltado, con formidable ímpetus, de una época a otra sin necesitar pararse a descansar a mitad del camino, como aconsejó a muchos pulsos democráticos. Y es hora ya de que, confiados en el propio valer, sean artífices de su propio destino.

CENSURA

El verdadero pueblo conoce ya lo suficiente para saber lo que le conviene y por eso quiere que los órganos rectores sean sus organizaciones obreras, en las que tiene individual y colectivamente bien asegurada y garantizada su personalidad.

Fragues de la Revolución

LA FABRICA

Trabaja el obrero. Trabaja y piensa. Recuerda su pasado de explotado. Desfilan por su memoria las luchas del Sindicato. Corren como relámpagos los sucesos. La monarquía con sus Anido y Arlegui; la dictadura de Primo de Rivera; la muerte de la monarquía; la flamante República y sus millares de muertos, sus decenas de millares de presos gubernativos; las represiones sanguinarias; los movimientos del 32 y del 33; octubre con su Asturias roja... Trabaja el obrero. Funde el metal para armas, dirige la máquina motriz o saca el pan para el pueblo; trabaja y piensa que forja su libertad. Piensa que es un soldado más, sin el cual la guerra no se hace ni se termina con la victoria. Y pone fuerza a sus músculos, esgrime con cariño su herramienta, no piensa en descansos. Siente que trabaja por su libertad, por la libertad del mundo. ¿Quién osará quitarnos lo que es nuestro? ¿Quién se atreverá a hacernos esclavos del burgués después de haber dado tanta sangre y laborado tanto por la Revolución nuestra? — Así piensa el obrero, mientras mira los blancos de sus periódicos con dolor, mientras lee con rabia palabras que muerden: «hay compañeros presos»... Y en la fragua de la fábrica golpea el martillo el obrero, con más fuerza. Es su voluntad que escribe sobre el yunque su lema; es su proclama forjada a fuego: TRIUNFARA LA REVOLUCIÓN.

BALANCE INTERNACIONAL

A LA LUZ DE LA EXPERIENCIA

El 29 de junio se reunió el Comité Plymouth. Estaba acosado por el temor a que Alemania recurriera, como "extrema ratio", a una aventura militar. Después del enigmático incidente del Leipzig, y retiradas ostentosamente las dos potencias fascistas del Comité, algunos barcos ingleses habían apenas escapado a un bombardeo aéreo...

* * *

En esta atmósfera, tan propicia para sus planes, Ciano Grandi y Ribbentropp adoptaron el lenguaje fuerte. Con el máximo desdén, protestaron contra el "desvergonzado gobierno republicano de Valencia, cuyos embajadores se atreven difundir noticias evidentemente falsas sobre supuestos envíos de tropas fascistas en España". En el mismo tiempo, Goering padecía una de sus epilépticas convulsiones oratorias. Y, entre sarcástico y desafiante, el duce escribía en Il Popolo d'Italia que el deseo de Eden — retiro de los "voluntarios" extranjeros de España — es "una pobre y triste ilusión". Pero, por primera vez, Francia e Inglaterra esgrimieron también una actitud firme. Y en la subsiguiente sesión del 2 de julio, los dos emisarios fascistas habían ya cambiado la táctica...

* * *

¡Táctica viejísima, por otra parte! Presentaron una proposición sorprendente: debían reconocer tanto a Franco como al gobierno de Valencia derecho de "beligerancia". De esta manera las naciones componentes del Comité Plymouth se convertían, automáticamente, en aliadas de uno u otro de los dos gobiernos españoles, de una u otra de las partes en conflicto. Ya que, si para Francia e Inglaterra es Valencia el gobierno legítimo y constitucional de España, Hitler y Mussolini lo consideran un gobierno "facioso" como lógica consecuencia de su reconocimiento oficial del gobierno de Franco. Este proyecto puede resultar poco apto para la conservación de la paz europea. Sin embargo, tiene una inigualable virtud: ¡es inaceptable! Su sola consideración implicaría seis meses de nuevos cabildeos diplomáticos, negociaciones, reenvíos, etc. Y Mussolini no olvida que gracias a su genial habilidad contemporizadora, tuvo en jaque a la finísima diplomacia anglo-sajona, colocándola frente al "hecho consumado" de la conquista de Abisinia.

* * *

Ocurrió lo inesperado. Fijándoles a Alemania e Italia — según informes extraoficiales — un plazo hasta el 6 de julio para una categórica contestación, Francia e Inglaterra proponen la reintegración de los dos países fascistas al Comité. En caso negativo, todo el complicado armatoste no-intervencionista se consideraría liquidado, restableciéndose la libertad de comercio para la España republicana, que volvería a sus "condiciones normales"...

* * *

Aunque, en el momento de redactar estas notas, se desconozca por completo la posible reacción de Roma y Berlín frente a la tal vez inesperada actitud franco-inglesa, se nos sugieren un sinnúmero de consideraciones. Los Eden y los Delbos, padres de este pequeño monstruo que es el sistema de no-intervención, justificaron siempre su existencia arguyendo que él constituye la única barrera de contención opuesta al peligro de que el incendio español se propagara a toda Europa. De ser verdad, no se concebiría cómo, ahora, lo abandonan tan fácilmente Francia e Inglaterra, cuyo interés en la conservación de la Paz europea es indudable. Y no sólo esto.

* * *

No sólo esto: porque si la política no-intervencionista fué el medio de que se valieron las democracias para defender a la República española contra la traición fascista y contra la invasión extranjera, ¿cómo explicar que el abandono de esta política se esgrima a título de amenaza contra el fascismo? ¿Y qué significa devolver a España — la España antifascista — a sus "condiciones normales", sino una rotunda confesión que el sistema no-intervencionista fué para nosotros un sopruso, una injusticia, una violación flagrante de nuestros derechos? Y conocionar moralmente el fascismo, "nacional" o internacional, con la posibilidad de facilitar a la España antifascista para armarse, ¿no significa reconocer que habríamos ya aplastado el fascismo, de no ser que la no-intervención nos desarmó frente a un enemigo que recibió hasta ayer toda clase de ayuda?

* * *

Deseamos, y lo deseamos con todas nuestras fuerzas, que la posición tomada por Inglaterra y Francia frente a las incesantes provocaciones fascistas, no concluya en una vulgar "maniobra" diplomática sin trascendencia. Deseamos que se nos devuelva nuestra libertad de acción. Que los defensores de la paz y de la democracia nos desaten las manos: nosotros salvaríamos verdaderamente la libertad y la paz del mundo. Nosotros solos contra el fascismo sólo: ¡sería nuestra victoria!

Pero una atroz experiencia nos obliga a dudar y desconfiar.

* * *

Ya es tarde para los "pacifistas". ¡Su paz está perdida! Ya el fascismo italo-alemán no podría retirar su ayuda a las mesnadas de Franco sin menoscabo de su "honor", y especialmente sin menoscabo de los intereses nada "espirituales" que, durante este tiempo, ha creado y afianzado en España. Y ahora, toda alteración del sistema implantado llevaría a la guerra. Es que el capitalismo y los estados burgueses llevan en su seno el virus de la guerra, aunque quieran y crean trabajar pára la paz.

* * *

Hoy, como ayer, nada esperamos de estados y capitalismos. Confiamos sólo en nosotros mismos. Confiamos en los trabajadores del mundo, que despertarán cuando comprendan que si nuestra revolución sucumbe, sucumbirán con ella...

ca.

SIN VACILACIONES

Desde el momento en que el proletariado español se lanzó a la lucha contra la rebelión facciosa, dispuesto a aplastar a su más temible enemigo — el fascismo — y al mismo tiempo a realizar su propia revolución, resultaba claro que debería hacer frente a una doble y compleja serie de problemas, de los que requieren no sólo derroche de energía y sacrificios, sino también mucha serenidad, comprensión y tacto revolucionario.

El aplastamiento del fascismo, reforzado por la intervención extranjera, se presentaba bajo la forma de una guerra implacable, hecha con todos los métodos de las guerras modernas, lo que obligaba a la adopción de una técnica adecuada, una técnica militar que desde luego diverge fundamentalmente con la de las milicias populares y creaba la necesidad de una transformación de estructura, sin la alteración del espíritu revolucionario característico de las milicias. Además, el proletariado se vió forzado también, siempre por las exigencias de la guerra antifascista, a constituir un bloque con fracciones de la burguesía democrática, la cual, por enemiga que sea del fascismo, no podía aceptar sino de mala gana las conquistas sociales que el proletariado iba afirmando a través de la lucha contra el enemigo común.

Había, pues, una contradicción inicial, interna, dentro del bloque antifascista que no ha dejado de manifestarse en los mil conflictos, crisis y rozamientos que hasta ahora se han producido y han dificultado seriamente la eficacia de la acción a desarrollar en el terreno de la lucha antifascista y de la transformación revolucionaria. Pero debe tenerse muy en cuenta que no es sólo por la existencia de dicho bloque de fracciones heterogéneas que se producen aquellos conflictos, sino porque ha habido una influencia política nefasta, ejercida por un partido, el del comunismo stalinista, empeñado siempre en imponer su hegemonía con a riesgo de romper, romper el frente común. Y, por otra parte, sea cuales fueren las incomprensiones que la mediatización producida por esa influencia heterogénea debía producir a la obra revolucionaria, era y es absolutamente necesario mantener ese bloque, ante las necesidades de la guerra, como es absolutamente necesario mantener la integridad de la moral de guerra y aceptar el tecnicismo bélico, en cuanto a organización y medios de lucha, sacrificando, si es preciso, modalidades consagradas por muchos años de propaganda antimilitarista.

Pero, al mismo tiempo que se acepta todo eso como una imperiosa necesidad, no se debía ni se debe abandonar en modo alguno, la tarea reconstructiva en sentido revolucionario, tal como ha sido planteada desde los primeros momentos por nuestras organizaciones, de cara siempre a la realidad y dentro del equilibrio de las fuerzas en lucha.

He ahí precisamente la gran dificultad, que a toda costa hay que superar. Mientras nosotros, revolucionarios responsables y conscientes de la situación, sacrificamos determinadas reivindicaciones y principios tácticos en aras de la lucha común antifascista, otros partidos, reformistas, demagogos o servidores de la burguesía, no tienen ningún inconveniente en poner en peligro la integridad del bloque antifascista y el mismo triunfo en la guerra, sirviendo o creyendo servir sus propios intereses de partido o de clase.

Es así que esa gente desaprensiva, sin escrúpulos y sin sensibilidad revolucionaria, aprovechándose de la complicada situación de la guerra y la presión de factores internacionales,

CENSURA...

No hemos de enumerar la serie de hechos de sobra conocidos, que certifican la existencia de ese problema. Basta decir que se plantea una angustiosa interrogante a los millares y millares de hombres que cubren sus puestos en los frentes de guerra y en los hogares de retaguardia: ¿lo que se está liquidando al frente de la metralla? ¿lo que volvemos a lo antiguo? Y lo peor de, todo es que también apunta esta otra cuestión:

...Y MAS CENSURA

Ciertamente, no fuimos nosotros, militantes libertarios, no fueron nuestras organizaciones quienes crearon una situación semejante. La responsabilidad es de los otros, de los que hacen su política de sector o de partido. Pero sus consecuencias, ese estado de ánimo de decepción que se insinúa y se expresa en aquellos interrogantes, nos afectan directamente, como antifascistas, como revolucionarios responsables, identificados con las más profundas aspiraciones y necesidades de la masa proletaria.

En condición de tales debemos reaccionar rápida y enérgicamente contra ese peligroso estado de ánimo y sus posibles desastrosas consecuencias. De ninguna manera y bajo ningún pretexto debe hacerse abandono de la posición inicial tomada por el movimiento libertario, de lucha antifascista y de acción revolucionaria. Hay que defender con tenacidad e inteligencia las conquistas de la Revolución, denunciar las maniobras de sus sabotadores y hacer que el pueblo aplique su sanción a los mismos. Pero al mismo tiempo es preciso permanecer firmemente, sin abandonar una línea en la lucha contra el primer enemigo, el fascismo, aun cuando haya traidores o desertores potenciales, aun cuando una serie de provocaciones incalificables intenten desviarnos de nuestra propia posición.

Ahora, como al principio de la actual contienda, corresponde a los militantes obreros y libertarios hacer frente a la doble serie de problemas que plantea por un lado la guerra, por otro la revolución, si bien ambas cosas tienen su punto de convergencia. Sólo que ahora ellos son más complicados debido a la intervención de los factores ya señalados.

La lucha es arduo y compleja, pues el enemigo no es uno solo, sino que son varios. Está enfrente, "del otro lado de la barricada" y está dentro, en nuestras propias filas, en medio del bloque formado contra aquél. No importa. Es preciso continuar la lucha activamente, desechando como a traidores a trénsfugas a quienes difunden las consignas derrotistas del abandono, bajo cualquiera de sus formas.

Jacques

Palabras que no debemos olvidar — Escribió José Prat

LA BURGUESIA Y EL PROLETARIADO

Tocante a esta revolución con que sueñan algunos, algo románticamente por cierto, esperándola como a un Mesías redentor, advendrá probablemente cuando las clases burguesa y proletaria hayan llegado a un punto de resistencia de sus intereses de clase que no permitan a la primera ceder más y a la segunda no le sea posible volver atrás en sus enérgicas reclamaciones de total emancipación.

El inevitable conflicto lo provocará entonces la misma burguesía por su empeño en retener seculamente esclavo al proletariado. Y los provocará aunque presentemente le asuste — Engels vaticinó que la burguesía sería "la primera en disparar", — porque a ello la obligará su mismo interés de clase, que no querrá desaparecer como clase. Y este conflicto será un simple episodio dramático de la lucha, pero no es la finalidad que persigue la evolución de la clase proletaria. El episodio dramático se producirá en los choques de estas dos evoluciones, la burguesa y la proletaria, en marcha, pero el término de ambas es la absorción de una — la burguesa — por la otra — la proletaria.

La revolución hondamente económica está aquí, fraguándose todos los días en las entrañas de las nacientes instituciones sindicales proletarias. Revolución profunda de los espíritus y de las costumbres, eterna renovación de las cosas y de los seres. No se deje amilanar el proletariado por los aspavientos de los intelectuales burgueses, que tratan de descorazonarle con la visión de fracasos discutibles. Estos intelectuales no ven, no pueden ver, porque les aterra el presente, que "el nuevo orden social que nadie ha creado todavía" lo está creando ya la acción sindical en el seno mismo de la sociedad capitalista y ha hecho mucho camino, el suficiente para no poder ser detenido en su marcha ascendente.

Cuando la burguesía pudo crearse su primer poderío político había creado ya tiempo hacía las condiciones materiales base de este poderío. Pues de igual modo el Sindicalismo, que es un hecho, va creando las condiciones materiales que han de servir de base para el futuro poderío de la clase proletaria.

Los Sindicatos actuales, tan pobres al parecer, serán las instituciones económicas del porvenir socialista. Son aquel "verbo actuándose" de que hablábamos en artículos anteriores. No es el "programa político" del partido que espera apoderarse del poder para aplicarse; es la clase que cotiando crea las condiciones económicas que han de darle poderío. La transformación social no viene, por consiguiente, no se espera de lo alto; arranca de lo más bajo y sube. Es ascensión y no providencialismo. Es el proletariado que va a conquistar las "cosas materiales" para poder decir, más pronto o más tarde: POSEO, PUEDO, SOY.

SI SE NOS PERMITE...

¿Pueden explicarnoslos encargados de la censura-de la censura política se entiende- en virtud de qué ley matemática un artículo, una noticia, un comentario determinado, puede aparecer en un periódico X. y está sentenciado a dejar un blanco en otro periódico Z.?